

Barbara Mutch

La chica de
Simon's Bay

Traducción de
M.^a del Puerto Barruetabeña Diez

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *The Girl from Simon's Bay*

Publicado por primera vez en Gran Bretaña por Allison & Busby en 2017

Primera edición: 2017

Segunda edición: 2018

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard / www.elsasuarez.com

Imagen: © Joana Kruse / Arcangel Images y Shutterstock

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 2017 por Barbara Mutch Ltd.

© de la traducción: M.^a del Puerto Barruetabeña Diez, 2017

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2017, 2018

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-180-0

Depósito legal: M. 12.287-2018

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Para L

Prólogo

Inglaterra, 1967

La carta había pasado por varias manos que no la habían tratado muy bien.

Aunque en un principio debió de estar perfecta, ahora estaba sucia y tenía arrugas por todas partes, como si la hubieran hecho una bola para intentar encestarla en una papelerera pero hubiera acabado fuera, donde alguien la pisó.

«¿Cuánto tiempo pasaría allí, esperando a que la barrieran y la tiraran?», se preguntó.

¿O a que la rescataran sin prestarle mucha atención y la volvieran a poner en circulación?

Las palabras garabateadas, en distintos momentos y con bolígrafos de diferentes colores, tal vez se podían considerar una pista.

«Ya no vive ahí». Eso decía la primera anotación, con unas claras mayúsculas en tinta negra.

«Dirección desconocida». Decía escrito encima (bien marcado, con fuerza) en tinta roja.

«Devolver al remitente» era la última. Impaciente, subrayada en verde, con una flecha que señalaba la dirección de la solapa del otro lado. («No me hagan perder más el tiempo» era el mensaje que se desprendía de eso, aunque no estaba expresado con palabras).

La mirada de Ella recorrió la mesa ocupada por sus posesiones, bien ordenadas, como si fueran a darle res-

puesta a una pregunta que nunca había tenido la valentía de hacer y que de repente había saltado al primer plano gracias a esa carta.

Un cuaderno de cuero repujado encima de una carpeta marrón.

Una foto de ella de bebé junto a un cartucho metálico que usaba para meter los lápices.

Un tintero de plata que siempre estaba lleno, a pesar de que ya habían llegado los bolígrafos.

Una brillante concha marina, una caracola, con su superficie irregular pulida de tanto tocarla.

—¿Papá? ¿Te dio ella la concha?

Simon's Town, Unión Sudafricana, años veinte

—¡Lou!

Unas olas pequeñas se me acercaban creando espirales sobre la arena cristalizada. Oí unos pasos pesados detrás de mí. Estiré ambas manos para rozar el agua que se aproximaba con su encaje de burbujas y me dejé caer hacia delante. Un líquido frío y verdoso me llenó la boca, me lamió la frente, y, justo cuando empezaba a rozarme las orejas, un par de manos que conocía me rodearon el tronco y me sacaron.

—¡Lou! —Mi padre, Solly, se echó mi cuerpecito al hombro y me dio una fuerte palmada en la espalda—. ¡No quieras nadar antes de saber andar!

Desde esa posición privilegiada veía que el mar se extendía, cuajado de crestas coronadas de blanco, hasta que chocaba con las montañas o las rodeaba impaciente para fundirse con el cielo que había arriba. Yo ya conocía el cielo. Veía su cúpula azul todos los días cuando Ma me tumbaba a descansar bajo la palmera que había frente a la puerta principal.

¡Pero el mar era mucho más emocionante que el cielo!

Me retorcí entre los brazos de mi padre e intenté que me bajara.

Solly miró triunfante a mi madre, Sheila, que estaba al principio de la playa, sentada en una manta con las piernas cruzadas, y la saludó con la mano que no estaba

utilizando para sujetarme y evitar que me escabullera y que volviera al agua.

—¡Esta niña quiere más!

A diferencia de mí, la playa de Seaforth era tímida. Se escondía entre unas enormes rocas grises, lisas y redondeadas como cáscaras de huevo que debía de haber arrancado del océano algún puño divino gigante. Los chicos, incluido mi mejor amigo Piet Philander, solían escalar como podían por las lisas paredes y, desafiando al peligro, tirarse en plancha al agua poco profunda, rezando para que hubiera suficiente para amortiguar la caída. Pero más que la impresión que provocaba la fría agua del mar, lo mejor de Seaforth era su arena. En su superficie resplandeciente se podía hacer una impresión perfecta de una mano con sus cinco dedos, o de una tripa redondeada. Incluso su sabor, aunque arenoso, era agradable.

—¡No, Louise! —Ma se acercó para que soltara la arena que tenía en la mano.

Tras la zona donde se veía la marca de la marea alta, la arena dejaba paso a una costra de conchas. Una vez, cuando nadie miraba, me guardé una en el bolsillo y por las noches me la acercaba a la oreja para que me recordara el susurro de las olas.

Cuando iba subida a los hombros de mi padre, tardábamos veinte minutos en llegar hasta la playa desde la casita familiar en Ricketts Terrace.

—¡Ten cuidado, hija! —gritaba Ma cuando me giraba peligrosamente para mirarla mientras ella caminaba con la respiración trabajosa detrás de Pa.

Los coches eran solo para los blancos ricos que venían desde Ciudad del Cabo para contemplar embelesados nuestras vistas. Todos los demás iban caminando: a

la playa, al astillero donde trabajaba Pa o por las cuevas entre las proteas y las pintadas cacareantes para admirar False Bay, bautizada así por unos marineros indignados que la confundieron con Table Bay, que está en el extremo norte de nuestra península. Era curioso que en la zona de El Cabo, aunque no supieras muy bien dónde te encontrabas, nunca estabas lejos de las montañas ni del mar. Y no importaba si eras rico o pobre; ambas cosas llenaban tu corazón de un enorme orgullo. Las montañas daban cabida a ciudades pintadas de blanco que se extendían por sus laderas o se agarraban a la costa con dedos de asfalto. Nosotros vivíamos en una de esas pequeñas ciudades cercanas a la espinosa punta de la península. Pa siempre decía en voz alta, alegre, que si seguías y seguías hacia el sur, podías llegar a saludar a la Antártida.

—¿De quién recibe el nombre nuestra ciudad? —preguntaba a menudo mi maestra de primero.

—¡De Simon van der Stel! —contestábamos todos al unísono, poniendo los ojos en blanco ante una pregunta tan obvia. ¿Pero quién podía no saber eso?—. El primer gobernador de El Cabo.

Cuando me despertaba por las mañanas, en vez de ir corriendo al dormitorio de Pa y Ma y colarme en su cama para que me hicieran mimos, me subía a la mesa que había junto a la ventana de nuestro salón atestado para asegurarme de que el mar estaba en el mismo sitio que el día anterior y que no me lo habían robado por la noche. El agua subía y bajaba, y a veces cubría la arena por completo o golpeaba con fuerza las rocas y asustaba tanto a los chicos que no se atrevían a tirarse en plancha. El viento (esa versión más enérgica del aliento que se escapaba entre mis labios) parecía ser el responsable de la

mayor parte de ese comportamiento errático. Empujaba las olas hasta que formaban altas crestas y te arrojaba salpicaduras saladas a los ojos hasta que te escocían. Cuando el mar y el viento unían sus fuerzas de esa forma, lo mejor era echar el cerrojo a la puerta de la casita y esperar a que pasara.

—Mi padre está ahí fuera —susurraba Piet Philander con una mezcla de orgullo y miedo mientras los dos pegábamos las narices al cristal de la ventana, mirando cómo las palmeras se doblaban por la mitad y deseando que la barca de pesca de su padre estuviera ya de vuelta en la costa. Aunque Simon's Bay, nuestro trocito de False Bay, estaba protegido por montañas y se suponía que era un lugar tranquilo, todo el mundo conocía pescadores que habían muerto en el mar. El abuelo de Piet era uno de ellos: lo arrastró una ola que surgió de la nada, como uno de esos leopardos silenciosos que cazaban en el pico de Simonsberg, justo encima de nuestro barrio, y que me mantenían despierta por la noche solo con imaginármelos.

—Puedes quedarte con nosotros si...

Le cogí la mano a Piet y sentí su piel áspera sobre la palma. Piet ayudaba a su padre con las redes. Si nunca has pescado, no sabes que cuando la maroma húmeda pasa entre las manos corta la carne como un cuchillo de sierra lo hace con la piel de un melocotón. Al final la piel aprende la lección y se cura formando una costra dura y cicatrizada. La pesca era algo que formaba parte de la familia Philander, pero a veces sentía que Piet odiaba los peces tanto como adoraba el mar.

Los barcos que entraban y salían del astillero de la Marina Real británica eran más robustos que la débil barquita de pesca de los Philander y estaban mejor preparados

para soportar las tormentas de El Cabo. Cuando ya era más mayor y sabía más, Pa me explicó que esos eran barcos de guerra y que su función era defender la agitada ruta marítima que rodeaba África de algo que él llamaba, de una forma muy inquietante, «potencias extranjeras». Ese esfuerzo necesario aseguraba que Simon's Town fuera un puerto floreciente, con la Marina en lo más alto de la pirámide y todos los demás en capas por debajo, ofreciendo sus servicios. El trabajo fijo de Pa suponía que nosotros estábamos más o menos en la mitad, por debajo de los profesionales de la Marina pero por encima de los trabajadores negros que vivían en unos barracones que cruzaban la montaña y que no sabían leer ni escribir, mientras que nosotros sí. Y además teníamos mucha suerte, como solía decir Pa señalando y meneando el dedo mientras Ma y yo estábamos sentadas a la mesa de la cocina. Los mecánicos de piel oscura como él ganaban mucho más trabajando para los ecuanimes británicos que para unos jefes tacaños en el mundo que había más allá de Simon's Town. Ahí afuera (Pa agitaba un brazo desdeñosamente, indicando el resto de África) te pagan menos por el color de tu piel.

Yo admiraba a la Marina por una razón más profunda que el dinero o la justicia, una razón que estaba conectada con las mareas que subían y bajaban y con el destino del abuelo de Piet. Fuera cual fuera el tiempo, los barcos de guerra de la Marina conseguían mantenerse a flote. No se escoraban, ni se hundían, ni arrojaban a los hombres de sus cubiertas. Cruzaban las olas como flechas certeras e inmunes a todo. Y dejaban una estela, como un pensamiento tardío, de burbujas sutiles mucho más ordenadas que las que producían las olas de la playa de Seaforth.

Cuando cumplí siete años, hicimos una fiesta de cumpleaños en la casita de Ricketts Terrace. Vinieron Piet, mis compañeras de clase Vera, Susan y Lola y unos cuantos amigos de Ma y Pa. Ma me explicó una vez que hay que invertir muchos cuidados para criar a un niño año tras año y por eso hay que estar agradecido de que crezca sano, así que sus cumpleaños no solo son celebraciones para los niños, sino también para los adultos, por haber logrado mantener al niño del cumpleaños con vida y bien hasta ese momento. Las señoras de mi fiesta tomaron té y los señores bebieron unos líquidos de color pálido que hicieron que se pusieran más alegres. Nosotros comimos gelatina, melocotones y una tarta de cumpleaños que hizo Ma con una muñequita coronando un bizcocho glaseado redondo que parecía la falda larga de una bailarina de ballet. Ma normalmente no hacía cosas tan elaboradas en casa, porque estaba cansada después de todo el día trabajando. Y yo no podía aprender a bailar ballet porque las clases costaban demasiado, pero una vez estuve admirando embelesada la foto de una bailarina.

–Gracias, Ma –dije, y le di un beso después, cuando estábamos las dos acurrucadas en mi diminuta habitación de la parte de atrás de la casa–. Era muy bonita. Me ha dado pena comérmela.

–Ya tienes siete años –contestó Ma acariciándome el pelo. Tenía la frente relajada, sin sus arrugas habitua-

les-, así que vas a tener que ayudarme un poco con la casa. Poner a cocer las verduras cuando yo llegue tarde de trabajar. Recoger la colada. Pero nada de planchar hasta que tengas diez.

Se oyó un golpecito en la puerta.

-¡Tengo otra sorpresa de cumpleaños para ti! -exclamó Pa, y se sentó en el borde de la cama.

Le había costado echar a unos cuantos de los adultos, los que más jaleo estaban armando, sobre todo a la madre de Vera, que después del té se había puesto a beber con ellos.

-¿Qué es, Pa? ¿Qué es?

Y me acerqué para acurrucarme en su regazo.

-Te lo enseñaré mañana. Es solo para las niñas que tienen siete años y un día.

Cuando Ma me vistió al día siguiente con mi mejor vestido de domingo, uno que había cosido la señora Hewson, la vecina de al lado, y que tenía unas mangas abullonadas amarillas, y me puso un lazo del mismo color en el pelo, Pa dijo:

-¡Oh, Dios mío! ¡Estás de foto! -Dobló el periódico y lo dejó a un lado del sillón-. Ahora mismo me acuerdo de la primera vez que vi a tu madre...

La miró y le guiñó un ojo y los labios de Ma se curvaron en una sonrisa mientras frotaba ropa en el fregadero. Pa le demostraba su amor a Ma de una manera muy abierta, con abrazos, guiños y besos sonoros. Ma era menos generosa.

-No puedes dar demasiado -me advertía cuando le preguntaba por qué-. Si lo haces, al final se acostumbran y se olvidan de que tienen que ganárselo.

Pa me cogió de la mano (ya era demasiado grande para llevarme sobre los hombros) y los dos nos dirigimos al camino de tierra que llevaba a St George's Street. De-

jamos atrás la mezquita, donde el muecín lanzaba su llamada a la oración todos los días al amanecer. «Algunos vecinos le rezan a Alá y nosotros le rezamos a Jesús, así que el barrio está siempre bien cuidado», me había explicado Ma.

Pa me levantó en el aire para pasarme por encima del arroyo que había junto a la casa de los Hewson, para que no se me mancharan de barro las merceditas negras.

Desde la estación llegó el fascinante sonido del silbato del tren matutino a Ciudad del Cabo, seguido de las volutas etéreas de humo que crecían y se desvanecían, crecían y se desvanecían, con la montaña verde de fondo. En mi corta vida solo había estado en el tren una vez. Y además solo fui hasta Fish Hoek, que no tenía nada que ver con la grandiosa Ciudad del Cabo, según lo que decía la gente.

—¿Adónde vas hoy, Solly Ahrendts? —gritó la señora Hewson desde su puerta.

La señora Hewson era dura de oído. Tal vez el señor Hewson se cansó de estar siempre gritándole y por eso se fue.

—¡Adiós! ¡Adiós, señora Hewson! —me despedí volviéndome y agitando la mano—. ¿Adónde vamos, Pa? ¿Vamos a subir al tren?

—Vas a tener que esperar. Tal vez solo vamos a dar un paseo... —Miró a nuestro alrededor con aire inocente.

—Si vamos solo a dar un paseo, ¿por qué llevo mi mejor vestido y mis mejores zapatos? Tengo calor...

—Paciencia, chiquilla.

Pa y yo cruzamos St George's Street, en la que había más peatones que coches, y después continuamos caminando junto al muro que rodeaba la base de la Marina. Mientras íbamos avanzando, hombres que pasaban saludaban a mi padre y le decían: «¿Te has tomado el día

libre, Solly?» o «¿Ya te ha pedido alguien la mano de la señorita, Solly?», y se quitaban el sombrero para saludarme a mí. Uno me dio una palmadita en la cabeza cuando nos cruzamos. A mí no me molestaban sus atenciones, aunque seguro que si Ma hubiera estado con nosotros me habría metido prisa para que nos alejáramos. A mí me parecía que ese interés de los hombres era solo por respeto hacia Pa. Él era muy conocido. Después de todo, la piedra con la que se había hecho el muro de la base de la Marina la había extraído de la montaña que había encima de Ricketts Terrace mi abuelo Ahrendts. No él solo, claro, pero a Pa le gustaba decir que la contribución de su padre había sido la más importante.

—Yo empecé desde abajo, Lou, igual que él —decía a menudo Pa cuando yo me sentaba en su regazo y le preguntaba cómo eran las cosas cuando él era pequeño—. Hice un examen y les gustaron tanto mis respuestas que me hicieron aprendiz y después mecánico. ¿A que es increíble? Recuerda que si trabajas mucho, puedes llegar lejos —me decía blandiendo un dedo delante de mí.

Era un mensaje que repetía con frecuencia: si trabajas mucho, puedes llegar lejos.

Pero no decía cómo de lejos podría llegar. Ma era cocinera para una familia de la Marina. La madre de Vera era lavandera. La señora Hewson cosía. A mí me parecía que ninguno de esos trabajos me iba a permitir llegar mucho más lejos del lugar donde empecé. Tal vez existía la regla no escrita de que las chicas no podían progresar tanto como los chicos.

Era el precio que había que pagar por ser chica.

Giramos hacia las puertas de hierro que daban acceso al astillero. En medio de las puertas se veían, con unas letras muy redondas que se retorcían, las iniciales de la reina Victoria: VR.

—¿Quién es la reina más importante del mundo?—Una vez más, una pregunta habitual en primero de primaria.

—¡Victoria! —gritamos los dos—. ¡Reina del Imperio y de Sudáfrica! ¡Dios salve a la reina!

Nos quedamos esperando junto a la puerta. El calor subía desde el asfalto y traspasaba las suelas de mis merceditas.

La puerta se abrió.

—¿Pa?

Él me miró y me guiñó un ojo. Aunque los demás niños de mi clase habían ido en el tren más veces que yo, ninguno había entrado en el astillero: ni Vera, ni Susan, ni Lola, ni Piet. Tal vez ni siquiera la propia reina Victoria cuando estaba viva, pensé con picardía (después de todo, Simon's Town estaba a dos semanas en barco de vapor del palacio de Buckingham y no se puede dejar un imperio para que se gobierne solo mientras vas a visitar una diminuta parte de él).

—Vamos —dijo Pa—, deja de soñar despierta y ten cuidado donde pisas. Como te ensucies el vestido, Ma me va a hacer lavarlo a mí.

Avanzamos hacia un grupo de soldados que hacían mucho ruido. Y entonces lo vi, cabeceando por encima de ellos: un enorme barco gris, alzándose sobre el agua, con la cubierta llena de cañones, las dos chimeneas robustas flanqueadas por torres con cables. Había banderitas de colores colgando desde la proa hasta las chimeneas y desde ahí hasta la popa (yo ya me sabía las partes de la anatomía de los barcos); parecía que estaba engalanado para celebrar su fiesta de cumpleaños. Qué vergüenza. Con mi emoción personal por cumplir siete años, se me había olvidado que iba a llegar el barco más famoso del mundo.

—¡El *HMS Hood*! —gritó Pa con aire de reverencia por encima de la algarabía. Extendió una mano como si qui-

siera acariciar los elevados laterales—. El buque insignia de la Marina Real británica. Treinta nudos en casi todas las condiciones climáticas. ¿No eres una niña muy lista por tener la suerte de que tu cumpleaños sea justo cuando pasa por aquí?

—¡El *HMS Hood*! —Fue como si el nombre me acariciara la lengua por la emoción de poder pronunciarlo.

Muchas de mis primeras palabras fueron nombres de barcos, sacados de las cosas que contaba mi padre: *Nep-tu-ne*, *Vy-per*... Piet decía que yo sabía más de barcos que todos los oficiales del Almirantazgo.

Sonó imperiosamente un claxon detrás de nosotros y Pa me apartó.

Un coche negro pasó a nuestro lado y se detuvo para que bajaran unas señoras elegantes con sombreros y unos oficiales de uniforme con galones dorados que cruzaron la pasarela y, cuando subieron a bordo, saludaron mirando hacia el alcázar.

El corazón se me encogió en el pecho.

¿Podrían obligarnos a irnos, aunque Pa trabajara allí? Había reglas no escritas sobre qué personas pertenecían a ciertos lugares. A veces tenían que ver con el color de tu piel y otras con cuánto dinero tenías. Y algunas veces se trataba de a quién conocías, y entonces ni el color ni el dinero importaban. Desde arriba llegó el sonido de una oleada de aplausos. Los oficiales elegantes desaparecieron en el interior del barco y eso pareció ser una especie de señal para los marineros, que se reunieron en grupos a charlar y después se dirigieron hacia la puerta de la reina Victoria sin fijarse en nosotros. Nadie sacó la cabeza por encima de la barandilla del *Hood* para ordenarnos que nos fuéramos.

Yo me erguí un poco más y le solté la mano a Pa.

—¡Tienen un avión a bordo! —exclamó Pa, al que no le había distraído nada de lo que había pasado—. Se llama

*Fairey Flycatcher*¹ y va volando para buscar barcos enemigos en el horizonte. ¿Te acuerdas de que hablamos de lo que era el horizonte? ¿El punto más alejado de lo que se ve?

—¡*Fairey Flycatcher!*—me estremecí.

En general no me asustaban esos duendecillos inteligentes e impacientes (¿por qué se iban a fijar en mí?), pero tenía un miedo secreto a los papamoscas blancos y negros que volaban entre las proteas que rodeaban Ricketts Terrace. Los llamábamos «pájaros carniceros» porque ensartaban a sus presas, los insectos, en alambre de espino antes de comérselos. «Los ponen ahí para que se curen. Esperan a que se sequen un poco, como las pasas», decía Ma para tomarme el pelo.

—¿Lou? —Pa me dio un suave codazo—. Dile adiós al *Hood*. Vamos a seguir.

Le tiré un beso apresurado al enorme barco con su avioncito escondido y fui detrás de Pa zigzagueando entre la gente. Yo no había visto nunca un avión de verdad, como tampoco había visto una bailarina de ballet. Solo una foto de uno, que era frágil como una libélula. Pa dijo que tenía las alas cubiertas de una especie de tela mágica que podía elevarlo por encima de Simon's Town, por encima del calor...

—¡Cuidado! —Pa me cogió a tiempo cuando tropecé con unos rieles que llevaban hasta una grúa que tenía el cuello como el de una jirafa.

«¿Por qué había allí tantas máquinas que parecían animales o pájaros?», me pregunté. Tal vez era para animarlas a ir más rápido o llegar más alto, como las criaturas salvajes a las que se parecían. Para robarles su energía.

1 El nombre del avión significa aproximadamente «papamoscas cazador de hadas». (*N. de la T.*)

Había un garfio enorme entre un montón de cadenas en el suelo. Me agaché para tocarlo, para ver si latía dentro algún poder especial, salvaje...

—¡No lo toques! —Pa miró a su alrededor y después sacó un pañuelo para limpiarme el óxido de la mano antes de que se me ocurriera limpiármelo en el vestido—. Esa grúa va rodando hasta donde está el barco atracado, ¿ves? Y la parte superior se dobla para coger la carga. —Pa fingió que llevaba una pesada carga, trastabillando bajo el supuesto peso, y yo solté una risita—. Luego la desplaza y la sube a bordo.

Me apartó cuando un pelotón de marineros pasó marchando a nuestro lado con sus pantalones azules de pata de elefante ondeando alrededor de sus piernas. Sin perder el paso saludaron a Pa con la cabeza y a mí me sonrieron. Yo les saludé con la mano.

—¿Qué tenemos por aquí?... ¡Dame la mano!

Yo di un paso atrás. Fue como si la misma fuerza poderosa que había traído las rocas a la playa de Seaforth hubiera elegido hacer un agujero en el mar, sacar toda el agua y dejarlo como trampa para que cayeran los que se acercaban allí sin permiso.

—Esto —dijo Pa abarcando todo ese agujero con su mano libre— es un dique seco. Aquí es donde traen los barcos que hay que tener fuera del agua para arreglarlos. Lo excavamos en el mar y, antes de que volvieran a hundirse, reforzamos los lados con granito que trajeron directamente de Inglaterra, ¿sabes?

—¿Por qué está esa gente ahí abajo?

Estiré el cuello para mirar las figuras que iban de acá para allá. Pa me apretó la mano.

—Están preparando en el fondo un calzo de madera que tiene la misma forma que el barco roto. Después —Pa elevó la voz por el orgullo— abrimos las compuertas y lo

llenamos de agua, ¡flus! El barco entra navegando, sacamos el agua y entonces queda reposando sobre el calzo.

Me quedé mirando las enormes compuertas y me imaginé el agua entrando a borbotones, lamiendo los laterales del dique seco, más brava que las mareas en Seaforth, colándose en tu boca, llenándote las orejas, ahogándote antes de que nadie tuviera tiempo de cogerte y sacarte...

—¿Pa?

Los hombres se estaban reuniendo allí abajo. Subieron a alguien a una camilla y fueron saliendo lentamente del agujero; cada paso era un enorme esfuerzo por mantener la camilla nivelada. Pa me apartó y me tapó los ojos cuando consiguieron llegar a la superficie y pasaron despacio a nuestro lado. Yo pude echar un vistazo entre sus dedos y vi a un hombre con una pierna retorcida. El hueso blanco asomaba por debajo de la carne. La sangre manchaba la sábana de la camilla. El hombre gemía.

Pa esperó a que se alejaran antes de soltarme.

—¿Se va a morir?

A veces veía la muerte en la cara de Pa cuando llegaba a casa. No le preguntaba por ello, pero sabía que alguien había muerto. Y yo le enviaba una oración a Jesús y otra a Alá, por si acaso, para darles las gracias porque no hubiera sido Pa.

—¡Claro que no! —Pa me apretó contra sí y habló con tono alegre—. Ahí abajo es fácil caerse. Lo van a llevar al hospital y allí lo arreglarán. Bueno, Lou —señaló las paredes del dique seco—, ¿ves esas divisas? ¿Ves la del *HMS Durban*?

Rodeando el perímetro interior había una hilera de insignias pintadas en colores fuertes y decoradas con guirnaldas, como las que hacía Ma en su máquina de coser que iba a manivela.

–Cuando arreglamos un barco, nos dejan pintar su escudo en la pared. Es una tradición, como lo que hace Ma cuando prepara *snoek* ahumado y lo hacía su madre antes que ella. O cuando el viejo señor Phillips va por todo el barrio tocando su gaita.

Me quedé contemplando esa última maravilla que había descubierto como regalo de mis siete años y un día: un dique resbaladizo excavado en el mismísimo mar, brillante y agitado, que me había dejado asombrada y que además estaba decorado con escudos pintados de barcos que habían recuperado la salud. Supe que era una señal.

Cogí la mano de Pa entre las mías y le dije:

–Pa, ¡cuando sea mayor yo también voy a arreglar cosas!